

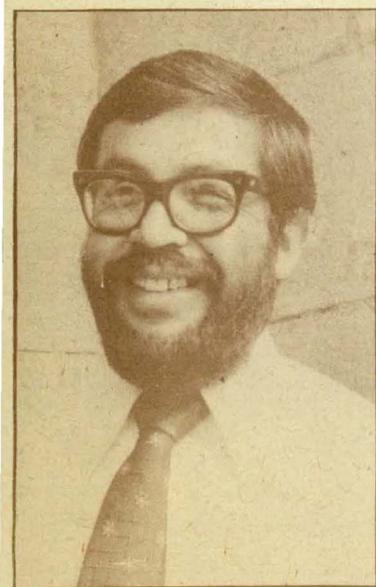
El Presidente Unificador



El presidente De la Madrid en su Primer Informe... una impresión muy confortante.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Septiembre 14-1973



El Primer Informe del presidente De la Madrid fue una mezcla de relato administrativo que a ratos hasta fue fatigoso, por el nivel de detalle a que llegó (el número de autobuses adquiridos para dar servicio en la ciudad de México, por ejemplo) y de programa de acción política de gran alcance, fundado en la convicción de que es debido, y es dable, preservar la nación mexicana más allá de los enfrentamientos sectoriales.

Salvo circunstancias excepcionales como la vivida por el país hace un año, el Informe Presidencial difícilmente guarda sorpresas respecto a los hechos a los que se refiere el Presidente. La información sobre las actuaciones presidenciales es muy abundante, a veces se diría que excesiva, y los ciudadanos

que al mismo tiempo son usuarios de los medios de difusión tienen una idea más o menos precisa del quehacer del Ejecutivo. Pero es distinto respecto de la parte programática del Informe. Éste, con frecuencia, incluye una evaluación de los lineamientos políticos puestos en práctica y el enunciado de su futura evolución. Esta vez, este segundo capítulo revistió una gran importancia.

De la Madrid es mucho mejor conferenciante que orador. La fogosidad en el tono y el chisporroteo de las metáforas no son propios de su forma de exponer. Su oratoria corresponde al género de lo expositivo. La frialdad de su formación financiera contribuye, además, a que sea mucho más persuasivo su tono mesurado que las vehemencias en las que a veces se siente obligado a incurrir. Puesto que le son ajenos, no siempre tiene control sobre los énfasis que pone en ciertas porciones de sus discursos y entonces se destempla, y puede dar una impresión distinta de la que se desprendería de la simple lectura de su texto. Eso queda particularmente claro si uno lo oye al mismo tiempo que sigue en un documento escrito la lectura que el propio Presidente va haciendo. Por ello, ver por la televisión a De la Madrid puede producir un efecto diferente que el asistir de lejos a la ceremonia de su Informe. Los lenguajes que la televisión puede ofrecer no siempre están visibles para quienes acuden a la galería del Palacio Legislativo y son además, como en mi caso, cortos de vista. El lenguaje verbal queda, para los circunstantes en esas condiciones, librado a su propia fuerza, sin otros auxilios que deformen o subrayen o contrasten lo dicho con las palabras.

He escuchado opiniones de quienes vieron el Informe por televisión que encontraron al Presidente autoritario, con el gesto duro y destemplado, como hemos dicho que a veces se pone, por subrayamientos orales mal manejados. La impresión que a mí me quedó fue por entero distinta, y muy confortante. No se produjo, como temíamos no pocos observadores de la vida política, una ratificación y bendición del autoritarismo, sino su contrario. Las tendencias políticas visibles en algunos sectores del gobierno, y manifestadas en la manera de enfrentar problemas sindicales y políticos, pudieron haber sido corroboradas por el Presidente, quien sin embargo no lo hizo. Ahora será preciso que sus palabras rijan en verdad el quehacer de sus colaboradores, para que no queden en la categoría de compromisos incumplidos.

El deterioro de la economía visible en el momento en que De la Madrid se encargó del gobierno ocultaba un peligro de mucha mayor hondura, que era la crisis social. Con todo y su precariedad, la sociedad mexicana ha al-

canzado rasgos esenciales de civilidad que han permitido mejorar las líneas de convivencia. El desastre financiero, con sus secuelas de desempleo, desabastecimiento y frustración ponía en nuestro medio un ingrediente de difícil manejo, así fuera sólo por el hecho de que no lo conocíamos desde el tiempo de la Revolución armada. La posibilidad de la disgregación social estaba muy presente, sigue estándolo, y por eso es preciso atacarla con tanto vigor y empeño como se ha intentado hacer con las dificultades de la producción y el consumo. Para ello, el Presidente propuso una estrategia, la conciliación, y se propuso el mismo como protagonista de ese proceso destinado a evitar la colisión entre los sectores, al concebir a la institución presidencial como lazo de unión entre todos los mexicanos.

Quien reconoce que la sociedad está dividida en clases y que éstas tienen intereses contradictorios que las conduce a una lucha permanente, encuentra siempre sospechosa la idea de unidad nacional. Con frecuencia se esconde tras un pronunciamiento de ese género un propósito reaccionario, pues como en la fábula, si en una cueva se encuentran el coyote y las gallinas, no hay conciliación posible, ya el carnívoro terminará devorando a sus ingenuas huéspedes. Pero el conflicto social no se resuelve cotidianamente en el enfrentamiento, sino que puede ser encauzado, en lo que es siempre un aplazamiento de la contienda final en que una de las clases someterá a la otra. La paz social de cada día es posible sólo en vista de esa regulación del conflicto. Proponer la distensión entre las clases, diferir los enfrentamientos entre los sectores, es una línea de acción política pertinente cuando se trata de conseguir unidad estratégica ante un peligro común, que es la inflación en la coyuntura presente.

Más importante todavía que la petición a los grupos a que disminuyan su rijosidad, es la oferta formulada por el propio Presidente respecto de la actitud de su propio gobierno. Puesto a elegir entre la tolerancia y el autoritarismo, y teniendo amplias posibilidades de escoger este último término de la alternativa, el gobierno se resolvió por la democracia, que significa respeto a la pluralidad y a la opinión diversa de la sustentada por el gobierno.

Éste, el gobierno, no es un matasiete al que debemos agradecerle el que nos perdone la vida. La tolerancia es una obligación gubernamental, fijada incluso en las leyes. Pero que, ello no obstante, se haga un compromiso explícito por respetarla, es doblemente vinculatorio, sobre todo porque, a menos que se trate de un monstruoso engaño, parece revestir una actitud autocrítica y correctiva, ya que el tratamiento dado a ciertos sindicatos y ciertas huelgas, a ciertos movimientos cívicos y ciertos gobiernos municipales había conducido a la convicción de que la defensa de las instituciones democráticas en que el gobierno había empeñado su palabra no estaba siendo posible, o había sido desechada.

“A riesgo de parecer tolerante frente a fenómenos de desorden social, hemos sido constantes en el diálogo y la negociación para solucionar los conflictos. La autoridad está obligada a buscar siempre la conciliación para evitar la violencia y la discordia entre los mexicanos”, dijo el Presidente, en lo que puede ser interpretado como una instrucción a sus colaboradores.

Sería ingenuo suponer que basta la palabra presidencial para que desaparezcan actitudes autoritarias. Esta inclinación puede aparecer hasta en actos del propio Presidente, que acaso encontraría circunstancias por las cuales su propio talante de tolerancia no podría ser observado. Pero en vez de desdeñar el valor de la palabra presidencial, lo propio será que los ciudadanos se la tomen y constituyan, al modo republicano, un compromiso entre el gobernante y los gobernados con el fin de que el deterioro social no siga al económico.